

# *La tesis del perro-guardián: revisión de una teoría clásica*

José Luis M. ALBERTOS

## 1. LA TEORIA DEL WATCH-DOG EN EL PENSAMIENTO LIBERAL

Ignoro cuándo se formuló exactamente la teoría de la prensa como perro guardián de las instituciones en una sociedad democrática. Si hacemos caso a los teóricos norteamericanos, esta tesis acerca del papel de la prensa aparece ya formulada de una manera implícita en la redacción de la Primera Enmienda de su Constitución —cuya entrada en vigor cumplió la cifra redonda de doscientos años el 15 de diciembre de 1991<sup>1</sup>—. De acuerdo con esta perspectiva histórica, cuando los Padres Fundadores proclamaron solemnemente que el Congreso no podrá aprobar ninguna ley «que coarte la libertad de palabra y de prensa...», lo que realmente estaba votando para los ciudadanos americanos de todos los tiempos es que la prensa, en el gran teatro del mundo democrático, tiene encomendado el papel de proteger los derechos de todos y cada uno de los individuos. Si admitimos para nosotros una extrapolación que nos haga pasar, sin solución de continuidad y sin sobresaltos, por un túnel del tiempo de 200 años y por un cambio cósmico de decorado en aras del prestigioso mito de la «aldea global», estaremos entonces en condiciones de acercarnos a este asunto con bastantes posibilidades de acierto. No olvidemos, entre otras cosas, que cuatro años antes Thomas Jefferson, uno de los Padres Fundadores, había dejado escrita aquella frase tan contundente que dice así: «Si se me dejara

---

<sup>1</sup> Las diez primeras enmiendas fueron votadas por el I Congreso el 25 de septiembre de 1789 y entraron en vigor el 15 de diciembre de 1791, con la ratificación de once Estados de entre un total de catorce.

elegir entre un gobierno sin periódicos o periódicos sin gobierno, no dudaría en elegir lo segundo»<sup>2</sup>.

En el caso de que nuestro interlocutor sea un europeo —y, a ser posible, un europeo inglés—, es probable que nos diga que el precedente primero y fundamental de esta teoría está en la *Areopagítica*, de John Milton, discurso pronunciado ante el Parlamento de Londres en favor de la Libertad de Prensa sin Censura, en 1644. Y esta postura sobre la paternidad británica de la teoría del perro-guardián se verá reforzada por la aparición, en 1859, del conocido libro de John Stuart Mill titulado *Sobre la libertad*, que es considerado todavía como el análisis liberal más convincente acerca de los límites que deben respetar los gobernantes en el ejercicio de su poder sobre los ciudadanos<sup>3</sup>.

Realmente, yo no pretendo ir tan lejos en mi exposición. Y para los efectos prácticos de este ensayo, me interesa dejar constancia de que, para mí y en relación con este asunto, el texto de referencia más claro y próximo a nuestra mentalidad de estudiosos de las comunicaciones de masas es el libro *Public Opinion* de Walter Lippman, publicado en 1922. En él se dice taxativamente que «el papel de la prensa es el de ser en cierto modo servidor y guardián de las instituciones»<sup>4</sup>.

Sea cual sea el origen de esta afortunada expresión —que viene a dar nombre a un cometido social de alcance más bien polémico—, lo que interesa destacar aquí es la indiscutible raíz ideológica de esta teoría, rabiosamente vinculada a los postulados básicos del pensamiento liberal. Contemplado este problema desde una perspectiva histórica, es lógico que sea así. El periodismo escrito es un producto cultural y, una actividad económica derivados de una mentalidad no sólo liberal, sino más bien liberalistas; es decir, una mentalidad que surgió a partir de unas tomas de posición ideológicamente comprometidas, e incluso agresivas, por parte de muchos de los agentes históricos que promovieron la aparición de los primeros periódicos en el mundo occidental<sup>5</sup>. Sin una mentalidad liberal cargada de un cierto mesianismo apostólico, no existiría el periodismo que conocemos y

<sup>2</sup> Jefferson pronunció esta frase en 1787. Pero durante su segundo mandato presidencial, el 1807, manifestó una actitud muy negativa contra la prensa: «El hombre que nunca mira un periódico está mejor informado que el que lee la prensa, del mismo modo que quien no sabe nada está más cerca de la verdad que quien tiene su mente llena de falsedades y errores». Vid. Ernest C. HYNDNS, *Periodismo norteamericano de hoy*, México, Editores Asociados, 1977, págs. 77 y 78. Harry M. CLOR (ed.), *La comunicación masiva en las democracias*. México, Editores Asociados, 1977, págs. 130 y 158.

<sup>3</sup> John STUART MILL, *Sobre la libertad*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

<sup>4</sup> Walter LIPPMANN, *Public Opinion*, New York, Macmillan, 1922, pág. 363. Hay una edición en castellano: *La opinión pública*, Buenos Aires, Fabril, 1964. Vid. También José Luis MARTINEZ ALBERTOS, *La noticia y los comunicadores públicos*, Madrid, ed. Pirámide, 1978, pág. 244.

<sup>5</sup> Fred J. SIEBERT y Theodore PETERSON, *Tres teorías sobre la prensa*, Buenos Aires, Ed. La Flor, 1967. Vid. especialmente, en el cap. 2, págs. 51-63.

a cuyo estudio nos dedicamos. Pero tampoco habría sido formulada jamás la teoría política de la prensa como perro-guardián de las instituciones frente a las asechanzas y los abusos del Poder.

Y es precisamente en esta raíz inequívocamente liberal donde se encuentra el mayor peligro para la supervivencia y desarrollo futuro de la teoría. El objetivo de todas las construcciones teóricas de inspiración liberal es que puedan encarnarse verdaderamente en una praxis eficaz y útil para los ciudadanos. Debe haber una indudable carga de utilitarismo en la formulación de todas las teorías liberales, y de esto ha escrito también John Stuart Mill páginas aleccionadoras. Pero también hay una insuperable tendencia colectiva entre los hombres de talante liberal que les lleva a entronizar como dogmas inmovibles unas determinadas visiones esquemáticas y simplistas, desgajadas arbitrariamente del verdadero tronco del liberalismo filosófico. «Una de las tendencias del liberalismo —escribe Lionel Trilling— lo lleva a simplificar. Y dicha tendencia es natural en virtud del esfuerzo que el liberalismo hace para organizar los elementos de la vida de manera racional». Y como resultado de este proceso de simplificación, una importante lacra de muchos sedicentes liberales es que acaban concibiendo «las ideas como píldoras de intelección o cristalización del pensamiento, precisas, completas y definidas por su coherencia»<sup>6</sup>.

Desde mi punto de vista, la teoría clásica que define a la prensa como un perro-guardián de las instituciones se ha convertido hoy en una píldora de intelección, en una cristalización del pensamiento burdamente esquemática, que está sirviendo, entre otras cosas, para legitimar determinadas actuaciones profesionales absolutamente inaceptables. Creo, sin embargo, que el substrato básico de esta tesis sigue siendo válido todavía. Pero será necesario que sometamos esta tesis a revisión a partir de la siguiente disposición psicológica e intelectual: «las ideas son cosas vivas, inevitablemente conectadas con nuestra voluntad y nuestros deseos, que son capaces de crecer y desarrollarse por su propia naturaleza, que muestran su vida en su tendencia a cambiar, y que son propensas por esa misma tendencia a deteriorarse, corromperse y causar daño»<sup>7</sup>.

La tesis del perro-guardián, en efecto, parece ser una idea inicialmente viva y operativa que, dejada crecer incontroladamente y a sus anchas, puede acabar convirtiéndose en una tendencia corrompida y peligrosa para la convivencia social.

## 2. CRITICAS ACTUALES CONTRA LA TEORIA

Aunque Harold D. Laswell no utilizó explícitamente la expresión *watch-dog*, el alcance que este autor señala a la por él llamada función de *vigi-*

<sup>6</sup> Lionel TRILLING, *La imaginación liberal*, Barcelona, EDHASA, 1971, págs. 14 y 430.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pág. 340.

*lancia* atribuible a los procesos de comunicación es, sin duda alguna, una apropiada definición para entender el papel del perro-guardián: «El proceso de la comunicación en la sociedad —dice Laswell— realiza tres funciones: a) *vigilancia* del entorno, revelando amenazas y oportunidades que afecten a la posición de valor de la comunidad y de las partes que la componen; b) *correlación* de los componentes de la sociedad en cuanto a dar una respuesta al entorno; c) *transmisión* del legado social»<sup>8</sup>. De una forma esquemática ha sido descrito este triple papel de esta otra manera: *vigilancia, foro* para la discusión y *escuela*<sup>9</sup>. Aquí estamos hablando de una de estas tres funciones capitales —la de *vigilancia* del entorno—, a la que algún retórico vino a describir con una metáfora zoológica: la tarea del *perro guardián*. Sin salirnos de este campo de afinidades, algún autor posterior, aunque más tímidamente, ha utilizado también la referencia clásica de los *gansos del Capitolio*. Como se ve, con carga metafórica o sin ella, estamos todos remitiéndonos a la descripción de Laswell: la función de *vigilar* y de *alertar* a la comunidad y a los individuos ante las posibles amenazas para su tranquilidad y paz social.

En dos apartados agruparía ya las críticas que actualmente se hacen contra la eficacia y utilidad de esta teoría:

A) El complejo esquema de las comunicaciones de masas en las sociedades contemporáneas hace que el concepto de «prensa» de los Padres Fundadores en 1791 tenga muy poco que ver con la realidad actual y, consiguientemente, las funciones atribuidas a la prensa hace 200 años no deben ser mantenidas ahora durante más tiempo.

De acuerdo con Ted J. Smith III, profesor de Sociología de las Comunicaciones de Masas en Richmond (Virginia), el panorama histórico era entonces tan sustancialmente distinto a lo que es hoy que resulta insensato seguir manteniendo vigente la tesis de que los periodistas son los mejores perros guardianes de las instituciones: «Cuando se redactó la Primera Enmienda, que establecía la libertad de la prensa, ésta no existía tal como la conocemos hoy. Lo que había en su lugar era un reducido número de periódicos pequeños, locales y, a menudo, muy partidistas (35 en 1783, sólo uno de ellos diario). Se suponía que cada periódico atacaría y defendería desde una posición determinada, y que del conflicto entre todos surgiría la verdad (...) Hoy en día, por el contrario, la *prensa* abarca muy numerosos medios de noticias, tanto impresos como electrónicos. En esta categoría se incluye un escogido y selecto puñado de diarios y semanarios, los servicios

<sup>8</sup> Harold D. LASWELL, «Estructura y función de la comunicación en la sociedad», en Miguel de MORAGAS (ed.), *Sociología de la Comunicación de Masas*, Barcelona, Gustavo Gili, 1979. La primera publicación de este ensayo debe situarse en 1932, en el *American Journal of Sociology*.

<sup>9</sup> José Luis MARTINEZ ALBERTOS, *La información en una sociedad industrial*, Madrid, Tecnos, 1981, pág. 109.

cablegráficos, las noticias de redes radiofónicas y, sobre todo, las principales cadenas de televisión. En virtud de sus dimensiones y prominencias, son estos pocos medios de élite los que establecen el tono de los programas de cobertura para la mayor parte de la prensa»<sup>10</sup>.

Frente a la disparidad de criterios de unos pocos francotiradores que en 1791 discutirían entre sí para hacer posible que se produjera el milagroso alumbramiento de la verdad (el mítico *self-righting process of truth*), la realidad actual nos revela el siguiente panorama: una gran cantidad de medios ocupan todo el mercado de la industria cultural, pero en las cuestiones principales los puntos de vista en litigio son poquísimos y están buena parte condicionados por los procesos productores para la fabricación de noticias situados en manos de un número muy reducido de personas en cada comunidad.

Es más: frente a los escasos periodistas ideológicos de 1791, que actuaban más con criterios políticos que de acuerdo con unas determinadas pautas profesionales —entonces inexistentes—, los 120.000 trabajadores de la información a tiempo completo que hay, más o menos, actualmente en Estados Unidos, llevan a cabo su trabajo con unos criterios profesionales cada vez más definidos y uniformes. «Unidos por pronunciadas semejanzas de procedencia, adiestramiento, valores o ideales, esos nuevos profesionales han hecho que la prensa, de ser un cúmulo amorfo de individuos y medios en conflicto, se transforma en una institución unitaria, coherente y cerrada»<sup>11</sup>. La conclusión que se deduce de este cuadro es evidente: el *perro-guardián* es útil siempre que no sea más poderoso que sus dueños y no acabe tiranizándolos. Por consiguiente, una prensa —es decir, el conjunto de los medios de masas que desarrollan actividades periodísticas—, una prensa tan prepotente y tan cohesionada ideológicamente, como es la de nuestro tiempo, en lugar de actuar como *perro-guardián* acaba ella misma convirtiéndose en un verdadero poder fáctico, más allá de lo que pretendía la Primera Enmienda.

B) La teoría según la cual la prensa es el *perro-guardián* de la comunidad atribuye a los periodistas un poder social excesivo, poder que ha sido utilizado históricamente por estos profesionales con un alto grado de irresponsabilidad política y una notable impericia técnica.

El peso de esta acusación podría dejarse exclusivamente en manos del profesor norteamericano anteriormente citado, Ted J. Smith III, que se ocupa brillantemente de ejecutar un delicado trabajo de demolición de mitos con pulcritud y notable aseo discursivo. Pero no es el único intelectual que ha señalado recientemente las posibles disfunciones sociales que son detectables hoy en la actividad profesional de los periodistas. En esta parte del Atlánti-

---

<sup>10</sup> Ted J. SMITH III, «La mordedura del perro guardián», en revista *Facetas*, Washington, n.º 91, (1/1991), pág. 23.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pág. 23

co, sin ir más lejos, encontramos también voces europeas que desarrollan un discurso paralelo al del profesor de Richmond: me refiero a Jean-François Revel, en Francia, y al prof. Manuel Jiménez de Parga en España, entre otros.

De acuerdo con el primero de los tres autores citados, en el ejercicio de su labor como perro guardián la prensa ha asumido la posición de un crítico objetivo o neutral que actúa no desde dentro de la sociedad, sino de algún modo fuera y por encima de ella. El resultado de esta actitud de prepotencia mesiánica es «el negativismo cínico, a veces apocalíptico, que impregna las noticias del día, y de forma especial en las redes de televisión. Otra manifestación es la celosa intromisión de los periodistas de mayor prestigio en las operaciones legítimas de otras instituciones democráticas». Señala este autor que la estructura del gobierno norteamericano está apoyada en un complejo sistema de controles y de equilibrios. (En realidad esto mismo se debe decir de todo gobierno verdaderamente democrático). Pero en el caso de la prensa, tal como está comportándose en nuestros días, las limitaciones internas del sistema político previstas por los Padres Fundadores dejan de tener eficacia cuando los medios de comunicación periodística se transforman en una institución unitaria, coherente y cerrada, como consecuencia de la unificación de criterios derivada de un estricto sentido de la profesionalidad informativa. «A decir verdad, la prensa es la única institución norteamericana que no se somete jamás al pleno rigor autocrítico del periodismo de investigación. Como resultado de la combinación entre el texto protector de la Primera Enmienda y las sentencias favorables de los Tribunales, la prensa se ha vuelto una institución única y de un poder sin par. Por desgracia, esto significa también que los periodistas han acabado por formar exactamente el género de elite poderosa, privilegiada y activa que la Constitución quería evitar»<sup>12</sup>.

El profesor Ted J. Smith III, de la Universidad de la Comunidad de Naciones de Virginia en Richmond, da una nueva vuelta de tuerca a sus argumentos para dejar definitivamente atornillado el sombrío cuadro aquí resumido. Y añade paladinamente que, desde el enfoque de su juicio personal, los periodistas, en cuanto críticos sociales y políticos, no desempeñan correctamente la labor encomendada a causa de carencias estructurales en estos cuatro aspectos: 1) el ejercicio periodístico es básicamente una actividad de escaso rigor intelectual y con marcada tendencia a la simplificación; 2) los periodistas suelen carecer de conocimientos técnicos adecuados para la mayor parte de las cuestiones complejas de la vida actual; 3) el trabajo periodístico se ejecuta sin la reflexión y el sosiego que son deseables en una adecuada labor crítica; 4) es evidente la falta de una actitud juiciosa y equilibrada en la mayor parte de los periodistas, que renuncian a hacer un balance de los datos positivos y negativos para reducirse única-

---

<sup>12</sup> *Ibidem*, pág. 24-27

mente a una esquemática y simplificadora enumeración de defectos aparentes sin analizar las causas<sup>13</sup>.

Jean-François Revel no es menos contundente y despiadado contra los periodistas en su conocido libro *El conocimiento inútil*. Razona este autor que frecuentemente los periodistas se dedican al deporte de la caza de brujas llevados exclusivamente por sus apriorismos y protegiéndose colectivamente bajo la coartada de que «la prensa es un contrapoder, un perro guardián, cuyo papel es vigilar, criticar, hostigar al gobierno». Pero esta actitud crítica debe llevarle a actuar contra todas las instituciones —incluidas la propia prensa— y no sólo contra el gobierno. Para Revel, sin embargo, la prensa no suele ser justa, sino que actúa muchas veces a impulso de sentimientos narcisistas, de un narcisismo de tribu que le lleva a auto-proclamarse como un adversario incondicional del poder. Pero la crítica en todos los casos, y no solamente cuando se ataca al gobierno, en una prensa que se considera como un magistrado, «debe resultar de la información correctamente establecida, y no *dirigir* la elección de esa información a impulsos de un prejuicio selectivo, que metamorfosea la despiadada ferocidad para con unos en indulgencia sin límites para con otros». Según el análisis de este autor, lo que predomina desgraciadamente en muchos periódicos de nuestro entorno sociocultural es el dirigismo apriorista en contra del poder, la predisposición condenatoria contra los actos emanados de las instituciones gubernamentales<sup>14</sup>.

Por su parte, el prof. Jiménez de Parga explica también su teoría según la cual la prensa no es realmente un cuarto poder del estado, sino más bien «un regulador político, que mide o computa las cosas que pasan, hace comparaciones y deducciones, con el propósito de ajustarlas. No es un poder, sino que la prensa regula el funcionamiento de todos los poderes». Y continuación, y de forma muy gráfica, señala cuál es a su juicio la principal tentación del periodista: que en lugar de ser un *regulador*, un instrumento para la regulación política, se convierta en *regidor*. En este caso, el periodista no se limita a describir y analizar los hechos, sino a regirlos. «Y *regir*, según el diccionario, equivale a *dirigir*, gobernar o mandar». De acuerdo con esta tesis, la piedra de toque para distinguir al profesional que actúa como regulador político frente al que lo hace como regidor de la cosa pública, está en que el periodista sea un celoso observante de la «ética del daño irreparable». Esta ética —que según Max Weber es aplicable a la actividad de los políticos y de todos los hombres públicos— supone fundamentalmente la adopción de un sistema de normas autorreguladoras de la actividad periodística, cuyas exigencias mínimas son éstas: conocimiento de los datos que se utilizan, desapasionamiento en el empleo de ellos, pronuncia-

<sup>13</sup> *Ibidem*, pág. 24

<sup>14</sup> Jean-Françoise REVEL, *El conocimiento inútil*, Barcelona, Planeta, 1989, págs. 230-231, 244-245. Para este asunto, véase todo el cap. 10: «La potencia adúltera».

miento imparcial. «La ética del daño irreparable se articula con principios y normas que imponen una dura autodisciplina»<sup>15</sup>.

Aunque este autor no lleva su pensamiento hasta la conclusión final, sí parece lícito deducir de su ensayo que, a la vista de sus comportamientos habituales, la mayor parte de los periodistas de nuestro tiempo están continuamente forzando su papel de reguladores más allá de lo que sería deseable en una sociedad equilibrada según el modelo democrático. Deslumbrados por su papel de perros guardianes, sus agresiones y sus ataques resultan muchas veces desafortunados y peligrosos para la integridad de las instituciones políticas y, por consiguiente, también para la sociedad para la que estos profesionales deben tabajar.

### 3. ANALISIS DE LAS POSTURAS

La descalificación de la tesis que concibe a la prensa como el perro guardián de la sociedad se argumenta, como hemos visto, en dos niveles diferentes: A) hay una dificultad *estructural* en los propios medios de comunicación para desempeñar hoy este papel dada la complejidad actual del sistema de comunicaciones, una complejidad no prevista por los filósofos y políticos que patrocinaron hace 200 años la teoría del *watch-dog*; B) desde una perspectiva simplemente *coyuntural*, puede también decirse que los periodistas no están a la altura del papel asignado, tanto por razones relacionadas con su preparación intelectual como, sobre todo, por razón de las imperdonables lagunas y carencias éticas que se advierten en el comportamiento de bastantes periodistas.

¿Qué podemos responder nosotros a estas graves acusaciones contra la propia esencia de los medios y contra la dignidad profesional de los periodistas? Intentemos una réplica adecuada y convincente.

A) Respecto a los cargos del primer nivel, se me ocurre argumentar que esta descalificación global es excesiva y está apoyada en una premisa falsa: el poder de influencia o de penetración social de los medios periodísticos no es tan enorme y tan desmesurado como pretenden ciertos teóricos de la comunicación y no pocos políticos en ejercicio.

Estamos entrando en un campo de minas terriblemente conflictivo y peligroso —las discusiones sobre los efectos atribuibles a los medios— y en el que cada hombre tiene su propia opinión. Después de un debate serio y profundo que dura ya más de 30 años, los resultados de estos trabajos aún no son admitidos pacíficamente por toda la comunidad científica de los investigadores sociales, aunque si estamos llegando a un principio de acuerdo en unos pocos puntos básicos.

<sup>15</sup> Manuel JIMENEZ DE PARGA, «Ética del dato irreparable», en *Diario-16*, 4 agosto 1990.

Este inicio de consenso, o nueva perspectiva teórica para explicar la influencia real de los medios en la sociedad, está apoyado en las siguientes conclusiones provisionales:

1. Dentro de la polémica mundial acerca de los efectos atribuibles a los medios, hay un claro enfrentamiento entre las posturas de los profesionales y las de los académicos que analizan los fenómenos sociales relacionados con el papel de los medios: mientras los académicos y teóricos tienden a sobrestimar el poder de los medios, la mayor parte de los profesionales —especialmente los profesionales del periodismo— son cada vez más escépticos en la ponderación de este poder social.

2. Se advierte también que dentro del abanico de las adscripciones ideológicas, los hombres de talante muy conservador y los hombres con afinidades próximas al marxismo son los más propensos a magnificar los efectos de los medios de comunicación de masas. En el caso de los marxistas, además, esta justificación puede responder a una consciente estrategia dirigida a justificar una mayor presencia controladora de los poderes públicos en la gestión y programación de estos medios, cosa que normalmente no suele ocurrir entre los grupos situados en el segmento de las derechas conservadoras (con la excepción de los grupos totalitarios fascistas).

3. En el campo de la comunicación persuasiva —no olvidemos que estamos hablando de sociedades desarrolladas—, el debate público a través de los medios tiene mayor influencia sobre los ciudadanos que la actuación unilateral de los comunicadores que tienen el control empresarial o profesional de los medios. La influencia del debate público resulta especialmente importante en los casos de inusual significado histórico o en los de crisis social o política: elecciones; convulsiones colectivas por razón de paros, protestas, manifestaciones, etc.; decisiones colectivas difícilmente reversibles (incorporación a la CEE o la OTAN, legislación sobre el aborto, etc.).

4. Es ya una tesis pacíficamente admitida entre los científicos sociales la consideración siguiente: *los medios de comunicación de masas son instrumentos para producir consecuencias y no aparatos para ejercer un poder social*. Los *mass-media* producen consecuencias pero no tiene poder. Es la misma diferencia que se descubre ante el hecho inquietante de un cuchillo en poder de un niño pequeño o de un loco peligroso: el cuchillo en manos del bebé puede producir consecuencias muy peligrosas (para el propio niño y para otros niños que estén con él); el cuchillo en manos de un loco es un instrumento de poder para amenaza y la coacción de otras personal. Por consiguiente, la influencia de los medios es más el resultado de una determinada estructura social —*consecuencias*—, que un *efecto* deliberadamente buscado mediante una estrategia de recursos y de procesos sociales<sup>16</sup>.

Sin movernos todavía del primer nivel de cargos y descalificaciones, es

---

<sup>16</sup> José Luis MARTINEZ ALBERTOS, «Mass-media y educación cívica», en *Mensaje y Medios*, n.º 9 (diciembre 1989), págs. 72-77.

interesante reflexionar acerca del doble efecto que puede atribuirse al indiscutible hecho de la creciente profesionalización de los periodistas en los últimos años. Para el profesor de Richmond, como hemos visto, la homogeneización de las pautas de trabajo de los profesionales del periodismo es un peligro para el juego de equilibrios y contrastes que deben actuar en una sociedad donde impera el libre flujo y reflujo de las ideas y de las opiniones. Pero para otros científicos del periodismo —sobre todo para aquellos en los que la visión y análisis de corte teórico se contrapesa con una experiencia práctica en la actividad informativa—, este dato de la creciente profesionalidad, que lleva a una evidente coincidencia de criterios en la determinación de qué cosas son noticia para los periodistas, es precisamente un factor de garantía a favor de la imparcialidad y honestidad intelectual en el trabajo informativo.

Lorenzo Gomis ha desarrollado brillantemente esta idea: los medios de comunicación y los periodistas no sienten interés por los problemas derivados del posible influjo de sus mensajes. «La mayor influencia que se ejerce en los medios no es a través de los comentarios, sino de los mismos hechos. Y por lo tanto influye quien aporta el hecho, ya sea el interesado en el hecho que le favorece, ya el interesado en el hecho que perjudica a su adversario. Los medios son en definitiva la escena donde luchan los productores de hechos para influir en el pueblo, mientras que los que controlan el medio sólo relativamente se interesan en esa pugna (...) Los más interesados en influir en los medios no son ni los que los poseen ni los que trabajan en ellos. Curiosa situación»<sup>17</sup>.

Para este autor —y yo suscribo plenamente su perspicaz enfoque del problema— la evidente y todavía escasa profesionalidad de los periodistas les lleva a trabajar con criterios de una cierta asepsia ideológica. «Los seleccionadores o *gatekeepers* no ponderan la influencia potencial de los hechos en cuanto a sus efectos políticos o sociales, sino que consideran únicamente su condición técnica de noticia y, en caso de duda, de más noticia que la que quedará sin publicar»<sup>18</sup>.

Si las cosas son como las ve Lorenzo Gomis desde Barcelona o, por el contrario, como las valora Ted J. Smith III desde Richmond, las consecuencias prácticas en el campo político serán radicalmente distintas. Que cada uno se quede con su propia opinión. Como ya he apuntado, me adhiero a la tesis de Lorenzo Gomis, a partir del reconocimiento previo de que el sistema de selección de noticias es el peor de los sistemas conocidos, con excepción de todos los demás. Lo cual nos lleva a la siguiente conclusión articulada en dos fases:

<sup>17</sup> Lorenzo GOMIS, *Teoría del periodismo*, Barcelona, Paidós, 1991, pág. 161. Sobre profesionalismo en actividades periodísticas, *vid.* VILLAFANE, BUSTAMANTE, PRADO, *Fabricar noticias*, Barcelona, Ed. Mitre, 1987.

<sup>18</sup> L. GOMIS, *op. cit.*, pág. 163.

1) «Fundamentalmente es la sociedad la que influye en sí misma a través de la imagen de presente que le ofrecen los medios»<sup>19</sup>.

2) Por lo tanto, es la misma sociedad —y no un cuerpo elitista de profesionales del periodismo— la que verdaderamente actúa como perro guardián de los valores y las instituciones, aunque parezca hacia fuera que quienes muerden son los susodichos periodistas.

B) En el *nivel coyuntural* se hace referencia al desajuste evidente entre la función socialmente confiada y la respuesta práctica y cotidiana de los periodistas. Y aquí confieso que mis recursos para la réplica son pocos y tienen además la pólvora mojada. Pienso que buena parte de las acusaciones y cargos están justificados: tanto desde el punto de vista de la preparación intelectual como de los comportamientos éticos de bastantes periodistas, el panorama no es alentador.

Afortunadamente, sin embargo, está dada ya la señal de alarma y creo que se ha iniciado en muchos países de nuestro entorno cultural el camino de la rectificación en ambos terrenos: la adecuada formación técnica de los periodistas y los procedimientos para una disciplina profesional encaminada al correcto ejercicio de la información de actualidad o Periodismo. Honradamente debo decir que considero que se está avanzando más en el campo de la formación técnica que en el de la mejora de los comportamientos éticos. Pero de todas formas sí puede hablarse de una toma de conciencia colectiva sobre estos asuntos por parte de los mismos periodistas y de los expertos en comunicación. Los errores han sido denunciados repetidamente y las propuestas de solución y arreglo no sólo son discutidas en los foros académicos, sino que adoptan formulaciones prácticas de carácter profesional: gabinetes de crítica interna, libros de estilo, ombudsmen, consejos de prensa, comisiones regionales y nacionales para atender las quejas de los receptores, etc<sup>20</sup>.

A la vista de todo esto, dejemos abierto un resquicio para la esperanza.

#### 4. CONCLUSION

A pesar de las críticas, algunas ciertamente justificadas y legítimas, formuladas contra la pervivencia en nuestros días del papel de perro guardián

---

<sup>19</sup> *Ibidem*, pág. 164

<sup>20</sup> Acerca de la discusión institucional sobre la formación de los periodistas y la calidad ética de su trabajo, existe una abundante bibliografía reciente. Citaré sólo dos libros, uno referido a la realidad española y el otro al panorama norteamericano. Alfonso NIETO, Carlos SORIA, Juan A. GINER, *Informe sobre la Información: España 1990*, Bilbao, Servicio de Estudios del Banco Bilbao Vizcaya, 1990 (especialmente el capítulo titulado «La información del futuro: modelos y tendencias actuales»). Loren GHIGLIOTE, *The American Journalist*, Washington, Library of Congress, 1990 (especialmente la Introducción y la última parte: «The Journalist of Tomorrow»).

atribuido a la prensa, creo que esta tesis sigue siendo válida y útil hoy para los ciudadanos de este fin de siglo.

Hagamos una transposición de conceptos para que mi postura en este asunto resulte más nítida. Si del campo de la Teoría Política nos pasamos al terreno de la Teoría del Texto Periodístico, admitiremos que el papel del *watch-dog* se materializa mediante la elaboración de los «reportajes de investigación». Por consiguiente, preguntarnos sobre la vigencia de la tesis del perro guardián es preguntarse sobre la utilidad práctica, en la vida de las comunidades políticas, del reportaje investigativo. Más aún, podríamos concluir que la revisión y puesta al día de la tesis del perro guardián viene condicionada por la consideración de cuáles son los requisitos técnicos y deontológicos para la preparación y redacción última de un correcto reportaje de investigación. Sabemos todos —y nosotros, los expertos en Periodística, debemos ser los primeros en este conocimiento— que hay mucho escarbador de basura (*muckraker*) infiltrado dentro de la nómina de reporteros que en todo el mundo trabajan este modelo de relato periodístico. Pero también sabemos que cada vez hay más reportajes investigativos hechos con todos los requisitos técnicos y éticos exigibles desde un exquisito sentido de la responsabilidad social del Periodismo.

Y estos requisitos técnicos y deontológicos están, a mi juicio, explicitados en estos tres puntos:

a) El correcto relato investigativo se lleva a cabo, es decir, se materializa en texto periodístico, a partir de una rigurosa lógica de los hechos comprobables. Una lógica de los hechos comprobables que nos lleva hasta una ética de los hechos comprobados.

b) El relato o reportaje investigativo está apoyado siempre y necesariamente en un suficiente repertorio de datos objetivos organizados en la siguiente secuencia: *hecho principal, antecedentes, consecuencia-reacción y análisis*; al mismo tiempo debe evitar la columna de opinión como ingrediente propio del mensaje. La columna de opinión tiene su sitio reservado en otra página del periódico o en otro espacio del programa radiofónico o televisivo.

c) El reportaje de investigación sólo puede hacerse correctamente cuando el periodista se dedica a su trabajo con una gran humildad intelectual, que descarta de entrada el narcisismo exhibicionista y el culto a la personalidad del reportero. Esta es una de las consecuencias que se deducen de la ética de los hechos comprobados.

Es posible, como dice la Sra. Ghiglione, que tres siglos después del nacimiento del primer periódico norteamericano el público está todavía dudando acerca de qué tipo de periodista es el que va mejor para la sociedad y qué grado de libertad es la que se debe garantizar al periodista<sup>21</sup>. Pero

<sup>21</sup> L. GHIGLIONE, *op. cit.*, pág. 11.

mientras los americanos siguen discutiendo sobre las características que deben adornar a sus amados-odiados *watch-dogs*, nosotros sabemos que el buen periodista es aquel que respeta la lógica de los hechos convertidos en noticias. El problema de los perros guardianes no es que tengan mucha libertad y atribuciones. El principal problema de los perros guardianes es que no sepan distinguir adecuadamente entre los hechos objetivos y sus propios deseos y opiniones. Y esto es siempre una cuestión de madurez humana, un objetivo humanístico que se alcanza mediante la formación intelectual y un noble sentido ascético respecto al papel que cada uno tiene en la vida.

Me reafirmo, por todo lo dicho, en mi convicción acerca de la utilidad actual de esta teoría. Una teoría, si se quiere, dieciochesca. Dieciochesca, pero todavía vigente. Suscribo, como broche final, las recientes afirmaciones del Presidente de la Press Complaints Commission de Gran Bretaña, Lord McGregor of Durris:

«Mi visión del estado es dieciochesca: si no es controlado constantemente, el Gobierno siempre tiende a la tiranía, y su forma democrática no tiene varita mágica que lo convierta en algo diferente. Una Prensa independiente es la forma más poderosa de control, al sostener un electorado crítico —porque está informado—, gracias al fomento de la transparencia. *Publica y que te maldigan*, decía el duque de Wellington: *ésa* es la responsabilidad de la Prensa»<sup>22</sup>.

¡Publica y que te maldigan!: he aquí un lema perfecto para el buen periodismo de todas las épocas.

---

<sup>22</sup> Lord McGREGOR OF DURRIS, «Prensa y responsabilidad en las democracias», en diario *El Mundo*, Madrid, 12 octubre 1991.